

XIII

EL NEGRERO

A la mañana siguiente Pedro Munier entró en el domicilio de su hijo antes de que éste hubiese salido de él.

Desde el día de su llegada, Jorge había recorrido varias veces la magnífica hacienda de su padre, y, guiado por sus ideas de industria europea, emitido algunas de mejora que, en su capacidad práctica, Pedro Munier había comprendido al punto; pero el planteamiento de tales mejoras exigía un aumento de brazos, y como la abolición de la trata había encarecido excesivamente los esclavos, era imposible, sin enormes sacrificios, procurarse en la isla los cincuenta o sesenta negros con que el padre y el hijo querían aumentar el número de los suyos. Pedro Munier había pues, la víspera y en ausencia de Jorge, acogido gozosamente la nueva de que había buque negrero a la vista, y, según la costumbre adoptada a la sazón por los colonos y los traficantes en carne negra, ídose, durante la noche, a la costa, para contestar a las señales del negrero con otras señales indicativas de que había quien estaba resuelto a tratar con él. Cruzadas las señales, Pedro Munier tornó a su casa para comunicar la nueva a Jorge. Padre e hijo convinieron pues que por la noche, a eso de las nueve, se hallarían en la Punta de las Cuevas, acá del Pequeño Malabar, y de acuerdo sobre este punto, Pedro Munier se salió para ir a inspeccionar, como solía, las labores de la hacienda, mientras

Jorge, también según su costumbre, cogía su escopeta y se encaminaba al bosque para entregarse a sus meditaciones.

Lo que el mulato dijera por la trasnochada a lord Murrey no era una fanfarronada, sino una resolución firme; que ya hemos visto que la vida entera de Jorge había tendido a dar a su voluntad la fortaleza y la persistencia del genio. Superior en todo y apoyado por sus cuantiosos bienes de fortuna, el joven hubiera podido llevar en Francia o en Inglaterra, en Londres o en París, una vida distinguidísima; pero, ávido de lucha, prefirió tornar a la isla de Francia, foco de la preocupación que él, en su valor, dióse a entender que era el destinado a combatirla, y, en su orgullo, creyó poder vencerla. Regresó pues Jorge a su isla, teniendo en su favor la ventaja del incógnito, lo cual le permitía estudiar a su enemigo, sin que éste supiese qué terrible guerra le había declarado él en lo íntimo de su corazón, ni que estaba presto a aprovecharse del instante en que menos pudiese sospecharlo para iniciar la lucha en la cual había de sucumbir un hombre o una idea.

Al desembarcar en el puerto, al hallar los mismos hombres que él dejara a su partida, Jorge comprendió una verdad de la cual repetidas veces dudara en Europa, y es que nada había cambiado en la isla de Francia con haber transcurrido catorce años, y en lugar de ser francesa fuese inglesa, y en vez de llamarse como antes, se llamase ahora isla de Mauricio. Jorge, pues, se precauteló, preparándose para el duelo moral que él mismo venía a provocar, como otro se prepara a un duelo físico, si así podemos expresarnos; y con la espada en la mano esperó la ocasión de dar a su adversario la primera es-

tocada. Pero, como César Borgia, que, en su genio y cuando la muerte de su padre, todo lo había previsto para la conquista de Italia, excepto que él a la vez también estaría moribundo al ir a poner en obra sus planes, Jorge se halló empeñado de modo que no pudo haber previsto, y herido al tiempo que se disponía a herir. El día de su llegada a Puerto Luis, el acaso puso en su camino una doncella portento de hermosura, de la cual y a pesar suyo conservó el recuerdo, y luego la Providencia lo condujo cabalmente a punto para salvar la vida a la misma mujer en la cual pensaba vagamente desde que la viera; de modo que el pensamiento aquel encarnó más en su existencia. Finalmente, el hado los reunió en los salones de lord Murrey, y allí, una mirada, una sola mirada le demostró que era amado, en el momento mismo en que él advertía que amaba. Desde aquel punto, la lucha adquirió para él nuevo interés, interés en el cual su dicha se hallaba ligada por dos vínculos, pues de entonces más la lucha aprovechaba a su orgullo y a su amor. Sin embargo, como hemos dicho, Jorge, herido al empezar el combate, perdió la ventaja de la serenidad de ánimo, si bien en cambio ganó la vehemencia de la pasión. Pero si en una existencia requemada, si en un corazón ajado como el de Jorge, la presencia de Sara causó la impresión que hemos visto, el aspecto del joven y las circunstancias en las cuales éste se le apareciera, causaron en la virgen alma de la criolla una impresión todavía más profunda. Sara, educada, desde que quedara huérfana, en casa de Malmedie, destinada desde entonces a duplicar con su dote la fortuna del heredero de la casa, se había acostumbrado a mirar a Enrique como su futuro marido,

sometiéndose tanto más fácilmente a esta perspectiva, cuanto Enrique era un muchacho gallardo y francote, citado entre los más ricos y elegantes colonos de la isla. En cuanto a los amigos de Enrique, caballeros de caza y baile de la doncella, ésta los conocía desde sobrado tiempo para que se le ocurriese mirar con preferencia a ninguno de ellos eran para Sara amigos de su juventud, que tenían que acompañarla tranquilamente con su amistad durante el resto de su vida. Sara, pues, se hallaba en esta beatífica quietud de alma cuando, por vez primera, vió a Jorge.

Un guapo mozo desconocido, de porte aristocrático y elegantes formas, es en todas partes un acontecimiento para una doncella, y mucho más, como se comprende, en la isla de Francia.

La figura del joven extranjero, el metal de su voz, las palabras por él proferidas, sin explicarse ella por qué, se grabaron en la memoria de Sara como se nos graba en la nuestra un aire que sólo hemos oído una vez, y que sin embargo repetimos en nuestro pensamiento. Es indudable que Sara, al cabo de algunos días, habría olvidado aquel pequeño acontecimiento, si de nuevo hubiese visto a aquel joven en circunstancias ordinarias, y aun quizás un examen más profundo, como el que se origina de un segundo encuentro, en vez de enlazar más estrechamente a aquel joven a su vida, lo habría alejado del todo; pero no sucedió así. Dios había decidido que Jorge y Sara volverían a verse en un momento supremo y ocurrió el acaecimiento de río Negro. Así, pues, a la curiosidad que acompañara la primera aparición se añadieron, en la segunda, la poesía y el agradecimiento. En un instante Jorge se transformó a los ojos de la doncella: el extranjero

desconocido era ahora un ángel libertador. Jorge evitó a Sara los horribles dolores de la muerte que la amenazara, y le devolvió, al salvarle la vida, cuantas esperanzas de goce y bienandanza acaricia una mente de diez y seis años. Por último, cuando después de haberlo apenas visto, cuando después de haber apenas cruzado con él una palabra, iba de nuevo a encontrarse en su presencia y a dar rienda a la gratitud inmensa de su alma, prohibiéronle conceder a aquel hombre lo que se concede al primero que se presenta; más aún, ordenáronle que infriese a aquel hombre un insulto que ella no hubiera hecho al más ruin. Entonces la gratitud, regolfada en su corazón, se trocó en amor, y con una mirada se lo dijo todo a Jorge, que con una palabra también se lo dijo todo a Sara; y como Sara nada pudo negar, Jorge tenía derecho a creerlo todo. Tras la impresión vino luego la reflexión, y la doncella no pudo menos que comparar la conducta de Enrique, su futuro esposo, con la de Jorge, que ni siquiera era para ella un conocido. El primer día, las cuchufletas de Enrique respecto del desconocido la molestaron; luego, la indiferencia de su primo al correr tras el ciervo cuando ella acababa de correr peligro de muerte, le ajó el corazón, y finalmente el tono de amor con que Enrique le habló el día del baile, ofendió su orgullo, y esto hasta tal extremo, que durante toda aquella noche que había de haberlo sido de alegría, y que por culpa de Enrique fué triste y solitaria, Sara se interrogó a sí misma, quizá por la primera vez, y, por la primera vez, echó de ver que no amaba a su primo. De esto a saber que amaba a otro, sólo había un paso. Entonces sucedió lo que en casos tales. Sara después de haberse mirado a sí, miró en derredor de sí; pesó en la balanza del

interés la conducta de su tío para con ella; recordó que era dueña de trescientos mil duros, esto es doble que su primo; preguntóse si su tío la hubiera rodeado, de ser ella pobre y huérfana, de los mismos cuidados, de las mismas atenciones, del mismo cariño de que la había rodeado, opulenta heredera, y en la adopción de Malmedie sólo vió lo que realmente había, esto es el cálculo de un padre que preparara un rico casamiento a su hijo. Quizás el juicio de la doncella fuese un poco severo; pero los corazones lastimados son así, la gratitud se escapa por la herida, y el dolor que delante se convierte en juez riguroso.

Jorge, previendo cuanto acabamos de manifestar, contó con ello para pleitear en favor de su causa y empeorar la de su rival. Así es que después de haber reflexionado, resolvió no emprender todavía nada aquel día, aunque en lo íntimo de su corazón le devoraba la impaciencia por ver nuevamente a Sara. Ahí por qué llevaba al hombre su escopeta, esperando hallar en la caza, su pasión predilecta, una distracción que le ayudaría a matar las horas. Pero Jorge se engañó; su amor por Sara era ya en su corazón superior a todo. Por fin, a las cuatro de la tarde y no pudiendo refrenar por más tiempo su deseo, no diré de ver a la doncella, pues, no pudiendo presentarse en su casa, sólo el acaso era poderoso a ponerlos uno enfrente del otro, sino a la necesidad de acertarse a ella, hizo ensillar a Antrim, se subió sobre él, soltó las riendas al ligero hijo de Arabia, y en menos de una hora llegó a la capital de la isla, adonde fué movido de una sola esperanza, por más que, como va dicho, tal esperanza estaba sometida al acaso. Ahora bien, el acaso fué ahora inflexible: por más que Jorge pasó por todas las calles contiguas a la casa

de Malmedie; por más que atravesó dos veces el jardín de la Compañía, paseo habitual de los habitantes de Puerto Luis; por más que dió tres vueltas al campo de Marte, donde se estaban haciendo los preparativos para las próximas carreras, en parte alguna, ni aún de lejos vió una mujer que pudiese hacerle sospechar que fuese Sara. A las siete, Jorge, perdida ya toda esperanza, con el corazón opreso como por una desventura y quebrantado como si hubiese sentido una gran fatiga, tomó la vuelta de Río Grande, pero al paso y refrenando a su cabalgadura; porque ahora se alejaba de Sara, que indudablemente no presintió que Jorge había pasado diez veces por la calle de la Comedia y otras tantas por la del Gobierno, esto es apenas a cien pasos de ella. Jorge atravesaba pues, el campo de los negros libres, situado extramuros de Puerto Luis, refrenando incesantemente a Antrim, que nada comprendía de aquellas insólitas sofrenadas, cuando de una de las barracas salió improvisamente un hombre que se arrojó al estribo de su caballo, y le abrazó la rodilla y le besó la mano. Aquel hombre era el mercader chino, el del abanico, en una palabra Miko Miko. Al punto, aunque vagamente, Jorge comprendió el partido que podía sacar de aquel hombre, a quien su negocio le permitía entrar en todas las casas, y que, por su ignorancia de la lengua, no inspiraba inquietud alguna. Jorge se apeó y entró en la tienda de Miko Miko, quien le mostró sin demora todos sus tesoros con solicitud que no daba lugar a dudas acerca del afecto que sentía por el mulato, y que a cada palabra se le subía del corazón a la boca; lo cual no era de admirar, por otra parte, porque excepto dos o tres compatriotas suyos, mercaderes como él, y, por tanto, si no sus

enemigos, a lo menos sus competidores, no había hallado aún en Puerto Luis una sola persona a quien hablar su lengua. Así pues Miko Miko preguntó a Jorge de qué manera podía pagarle la dicha de que le era deudor. Lo que Jorge tenía que pedirle era muy sencillo: era el plano interior de la casa de Malmedie, a fin de, venida la ocasión, saber cómo llegar hasta Sara. A las primeras palabras del joven, Miko Miko lo comprendió todo: ya hemos dicho que los chinos eran los judíos de la isla de Francia.

Para facilitar las negociaciones de Miko Miko con Sara, y quizá también con otra intención, Jorge escribió en una de sus tarjetas de visita el precio de los diferentes objetos que podían tentar a la doncella, y recomendó al mercader que no mostrase la tarjeta aquella sino a Sara. Luego dió al chino otra onza de oro, y le encargó que al día siguiente, domingo, a las tres de la tarde, estuviese en Moca. El mercader prometió acudir puntualmente a la cita, y se comprometió a llevar en su memoria un plano de la casa tan puntual como si lo hubiese trazado un arquitecto.

Jorge, al ver que ya eran las ocho, y recordando que a las nueve debía reunirse con su padre en la Punta de las Cuevas, se subió otra vez a caballo y anudó su marcha hacia el Riachuelo, algo aliviado el corazón, tan poco es menester, en achaques de amor, para mudar el color del horizonte.

Cerrada ya la noche, Jorge llegó al lugar de la cita, donde hacía diez minutos lo estaba aguardando su padre, según la costumbre que de anticiparse tomara con los blancos.

A las nueve y media se levantó la luna.

Jorge y su padre, que esperaban aquel momento, miraron hacia el trecho que media entre las

islas de Borbón y la de la Arena, y por tercera vez vieron brillar un como relámpago producido por la reflexión de la luna en un espejo. A esta señal, tan conocida de los colonos, Telémaco, que había acompañado a sus amos, encendió en la playa una hoguera y la apagó cinco minutos después.

Pedro Munier y su hijo esperaron, y no media hora después vieron parecer en el mar un punto negro, semejante a un pez que nadase a flor de agua, punto que fué agrandándose y tomó el aspecto de una piragua, para poco después presentarse en su verdadera forma. La embarcación que iba acercándose a la playa era una chalupa, y en el rehiló de los rayos de la luna en el mar echóse de ver la acción de los remos, con no oírse todavía su ruido. Por fin la chalupa entró en la ensenada del Riachuélo, y atracó en el ancón que se hace frente al fortín.

Jorge y su padre se avanzaron en la playa para salir al encuentro del hombre, a quien, desde lejos, habían visto sentado a popa de la chalupa y que ya saltara en tierra seguido de una docena de marineros armados de fusiles y hachas, y que no eran otros que los que habían remado. El que primero desembarcó hizo una señal, y los suyos empezaron a desembarcar los negros que iban echados en el fondo de la chalupa en número de treinta, mientras llegaba otra chalupa con igual número.

Los dos mulatos y el hombre que primero saltara en tierra emparejaron y cruzaron algunas palabras que demostraron a Pedro y a Jorge que no se habían equivocado en sus presunciones, esto es, de que estaban tratando personalmente con el capitán negrero.

El cual era hombre de treinta a treinta y dos

años, alto, con todas las señales de la fuerza física llegada al grado que impone el respeto, de crespos y negros cabellos, patillas corridas y unidas al bigote, y rostro y manos tan curtidos por el sol de los trópicos, que le daban el aspecto de un índico de Timor o de Perú. Vestía el tal, blusa y pantalones de tela azul al modo de los cazadores de la isla de Francia, y, como ellos también, llevaba sombrero de paja de anchas alas y un fusil terciado; además ceñía un sable corvo como un alfanje, pero más ancho que éste, y con empuñadura al modo de las claimoras escocesas.

Si el capitán negrero fué objeto de un examen prolijo por parte de los dos habitantes de Moca, éstos no lo fueron menos por parte del negrero. El tratante en carne humana miraba con igual curiosidad a Pedro y a Jorge, a quienes parecía apegarse más y más conforme los examinaba. Indudablemente Jorge y su padre no advirtieron aquella persistencia, o no pensaron que hubiese de preocuparlos, pues abordaron el negocio para el cual se presentaran en la playa, examinando uno a uno los negros de la primera chalupa, casi todos ellos originarios de la costa occidental de Africa, esto es de la Senegambia y de la Guinea, circunstancia que acrecienta su valor, atento que no teniendo, como los damagascares, los mozambiques y los cafres, la esperanza de tornar a su tierra, casi nunca intentan fugarse. Ahora bien, como a pesar de esta causa de alza, el capitán se mostró muy razonable en el precio, ya estaba cerrado el trato respecto de la primera cuando llegó la segunda chalupa, con los otros treinta negros, que tampoco tardaron en pasar a propiedad de Pedro Munier.

El capitán negrero estaba admirablemente pro-

visto e indicaba ser profundo conocedor en la materia. Su llegada a aquellas costas era una verdadera fortuna para la isla de Francia, a la cual venía a ejercer por vez primera un comercio que, hasta entonces, hiciera casi exclusivamente con las Antillas.

Desembarcados todos los negros y cerrado el trato, Telémaco, que también era del Congo, se llegó a ellos y les echó un discurso en su lengua, que era la suya materna, ensalzándoles la dulcedumbre de su vida venidera, comparada con la que sus compatriotas llevaban en las otras haciendas de la isla, y diciéndoles que habían tenido la suerte de caer en manos de los señores Pedro y Jorge Munier, esto es, los dos mejores amos de la isla de Francia. Los negros se acercaron entonces a los dos mulatos, hincaron las rodillas y, por boca de Telémaco, prometieron hacerse dignos de la dicha que les había reservado la Providencia.

Al oír los nombres de Pedro y Jorge Munier, el capitán negrero, que había escuchado el discurso de Telémaco con atención demostrativa de que había hecho un estudio particular de los diferentes dialectos de Africa, se estremeció y miró más atentamente aún a los dos hombres con quienes acababa de hacer un negocio de unos treinta mil pesos. Pero tampoco ahora Jorge ni su padre parecieron notar la persistencia con que el negrero los miraba. Por fin llegó el momento de regularizar el trato, y Jorge preguntó al negrero en qué forma deseaba cobrar, si en oro o letras de cambio, para atender a lo cual su padre había traído oro en las bizazas de su caballo y letras de cambio en su cartera, para hacer frente a todas las exigencias. El negrero prefirió oro, y cobrado que hubo a toca teja, hizo llevar el dinero en la segunda chalupa.

Reembarcados los marineros, Jorge y su padre se admiraron grandemente de que el capitán, en vez de marcharse con aquéllos, les diese orden de desatracar y echar avante sin él.

El capitán siguió por breve espacio y con los ojos a las chalupas, y al hallarse éstas fuera de tiro de la mirada y de la voz, se volvió hacia los admirados mulatos, llegóse a ellos, y tendiendo las manos a entrambos, les dijo:

—Buenas noches, padre; buenas noches, hermano.

Y al ver que Pedro y Jorge titubeaban, añadió:

—¡Qué! ¿No conocen ustedes a su Jacobo?

Jorge y Pedro profirieron una voz de sorpresa y abrieron los brazos. Jacobo se arrojó en los de su padre, y luego en los de su hermano, y después tendió la mano a Telémaco, que nunca tocaba, sin temblar, la de un negrero.

Por insólita coincidencia, el acaso reunía en la misma familia al que durante toda su existencia se había doblegado ante la preocupación del color, al que se enriquecía beneficiándola, y al que estaba pronto a arriesgar su vida para comba-tila.

XIV

FILOSOFÍA NEGRERA

Aquel hombre era efectivamente Jacobo, a quien su padre no había visto hacía catorce años, y su hermano, doce.

Como dijimos, Jacobo partió a bordo de uno de tantos corsarios que, provistos de patente de Francia, a la sazón salían improvisamente de nues-